



**PALABRA
DEOSO#2**

.....
*Vacaciones
en el mar*
.....

BOB FLESH

Segunda entrega de la serie Palabra de Oso, que esta vez nos lleva hasta las cálidas costas del Mediterráneo, a Barcelona y a las playas atestadas de carne del enclave más gay y más vicioso de toda Europa: Sitges.

Marc Kaplan tendrá que resolver un misterio, y deberá buscar pistas entre osos peludos, chubbies viciosos, daddies encantadores, osazos polares, ositos panda... Y también deberá tener cuidado con su reverso tenebroso: el perverso Wolfgang Chub y sus secuaces.

Muchos pelos, muchos kilos y más páginas en esta segunda entrega de la serie de temática bear más explícita y morbosa jamás publicada en español: Palabra de Oso.

18 nuevos capítulos llenos de sexo carnoso y velludo, de escenas tórridas y sudorosas como pocas veces se han escrito.

Hay un montón de cosas que podemos hacer

Decir que el vuelo había resultado una tortura sería faltar a la verdad. Era un trayecto que Marc había realizado numerosas veces a lo largo de los últimos siete años. Supuestamente, estaba habituado a él. Supuestamente. Nueva York-Barcelona, algo más de seis mil kilómetros en unas diez horas. Es una duración que se presta a la subjetividad. A veces se hace eterna y a veces se te pasa en un suspiro, o casi.

Marc entabló conversación con Joel, fue fácil, uno de esos encuentros fortuitos que en cuestión de dos minutos crean la sensación de una asombrosa intimidad. Para cualquier observador externo, se trataba del reencuentro de dos personas que se conocían de toda la vida. Pero no era así. Joel era un señor maduro francés de cara afable y reposada. Sus formas eran redondas, sólidas y acogedoras. Su escaso pelo era negro y tenía una preciosa calva. Su barba era oscura pero en la zona del mentón se volvía blanca como la nieve. Tenía un algo de oso panda.

Marc se sentía tan cansado por los preparativos y compromisos de los últimos días que juzgó su propio estado como próximo a la embriaguez. No estaba seguro de decir las cosas adecuadas, quizá se estaba mostrando demasiado franco, demasiado expansivo. Desde un principio había sido sincero con su compañero de asiento, le habló de su marido desaparecido con la mayor normalidad. Aquel hombre bromeó al respecto, pero nada de mal gusto, al contrario, halagó al joven Marc.

—Si hay una vacante en su vida, me gustaría saberlo — fue el atrevido comentario de Joel, quien hizo esta afirmación con pasmosa ternura y naturalidad.

—¿Es usted diplomático? —le preguntó Marc poco después. Por algún motivo estaba convencido de que esta era su profesión. Embajador, cónsul, algo así.

Joel estaba repantigado en su asiento con maneras de un orondo ministro de asuntos exteriores que se descalza tras una interminable jornada de negociación en una cumbre mundial. Parecía cansado. Mientras tanto, el avión seguía ganando altura a toda velocidad. Marc observaba el aspecto de aquel desconocido con indisimulado interés. Se fijaba en sus dedos gordezuelos gesticulando, llenos de vida y expresión. Un segundo después su vista se detuvo en los dos botones superiores de su camisa desabrochados, con la corbata desanudada y holgada. Aquellos pelos que sobresalían del pecho de Joel eran una promesa y todo apuntaba a que estaba al alcance de la mano. Marc lanzaba miradas repetidas en dirección a los servicios, no podía evitarlo. Y si...

—¿Diplomático? —respondió Joel finalmente, echándose a reír.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Nada, no tiene nada de gracioso, en todo caso, irónico. Mis padres me educaron con la pretensión de que algún día sería diplomático y yo no les llevé la contraria hasta el momento decisivo.

—¿Qué pasó?

—Me reservé la diplomacia para decirles educadamente que no me interesaba la carrera diplomática.

Joel miró a Marc y forzó un silencio que duró demasiado. Probablemente quería incomodar a su joven compañero de asiento, y si así era, lo consiguió, sostuvo su mirada durante un largo minuto que empleó en analizar sus facciones. Marc era un chico apuesto, alto, delgado, moreno, atlético. Su piel era suave aunque a la altura de los ojos te-

nía eso que hoy llaman *líneas de expresión* y antes se llamaba, sencillamente, arrugas. Justamente, aquellas líneas expresaban que Marc había pasado por muchas cosas en los últimos años, probablemente, demasiadas: su lucha por convertirse en un pintor reconocido, su fulgurante ascenso en el mundo del arte, el descubrimiento del hombre de su vida, el que lo fuera todo para él, el gran Theodor, su amante, su marido, su mentor, hasta su repentina y misteriosa desaparición en el transcurso de un vuelo transoceánico. Ni rastro de Theodor, ni rastro del avión en el que viajaba. Demasiadas experiencias para tan corta edad. A veces, despertaba por la noche empapado en sudor, por culpa de sueños recurrentes que le hablaban de esperanza, como si Theodor siguiese vivo en algún sitio y entablase comunicación con él a través del plano onírico. Era la duda, el no saber, el no haber podido despedirse, el no tener una certeza absoluta, eso era lo que le martirizaba. Demasiados interrogantes, demasiados flecos sin cerrar. A veces se aferraba a uno de esos sueños tan vívidos y se despertaba murmurando: «Espérame, Theodor, te encontraré».

Estos episodios ocurrían siempre por la noche. En pleno día, durante su vida cotidiana, Marc seguía siendo un treintañero, un afamado pintor insultantemente joven, si bien, desde que se había vuelto a quedar solo en el mundo, se sentía como alguien mucho mayor.

—¿Por? ¿Por qué renunciaste a tu carrera diplomática?
—preguntó de nuevo, ya no por curiosidad, sino para romper de una vez aquel interminable silencio.

—Porque... —dijo Joel sosteniendo la mirada e imbuendo a sus palabras de un tono ¿lúbrico?— digamos, tenía otros intereses...

—Ajá —dijo Marc tontamente.

Joel se revolvió en su butaca buscando mayor comodidad, su corpachón no acababa de encajar bien en aquel asiento. Marc podía pecar de ingenuo —muchas veces lo era— pero en aquel momento ya no podía dudar más:

aquel magnífico oso panda que respondía al nombre de Joel le estaba mirando con deseo, y no era la clase de deseo superficial con el que se construye una indirecta, era algo más poderoso y avasallador, era un deseo desatado, salvaje y puro, a flor de piel, irreprimible. Quién sabe si para confirmar esta sospecha, Joel se desabrochó otro botón de su camisa y Marc pudo atisbar un pezón con claridad. Las tetas peludas que antes apenas intuyese ahora eran una realidad, pelos negros como la oscura noche y pelos níveos como un diente de leche. Sin duda aquello era una invitación al vicio. Un poco más abajo, la redonda barriga subía y bajaba, acaso cada vez más deprisa, mullida, invitadora.

—¿Un refresco? —dijo la azafata rompiendo el hechizo.

Marc y Joel saltaron sobre sus asientos y la miraron con desaprobación, condenando su innegable don de la inoportunidad. Con todo, y de manera paradójica, respondieron:

—Sí, por favor.

Habían transcurrido más de tres horas desde que abandonaran el Aeropuerto Internacional JFK y la nocturnidad del vuelo empezó a hacer efecto entre los pasajeros. La mayoría de ellos dormían. Marc y Joel seguían hablando, casi chicheando.

—¿Qué harás cuando llegues a Barcelona? —le preguntó Joel.

—Instalarme. Tengo un piso viejo en Gracia que debo adecentar. Pienso convertir la ciudad en mi nueva base de operaciones.

—Suenas muy bien. Eres joven, guapo y vas a empezar de nuevo en la ciudad más excitante de Europa.

—Gracias por los piropos, intentaré no quejarme. ¿Y qué hay de ti? ¿Qué piensas hacer estos días por Barcelona?

Definitivamente, Joel era un tipo divertido. Arrugó la frente como si fuese presa de profundos pensamientos y, al cabo, tuvo lista su elaborada respuesta:

—Follar, básicamente.

Marc se rió. En este punto ya no pudo guardar las formas. Su mano alcanzó el pecho de Joel y se sumergió debajo de la camisa, cogió su pezón derecho y presionó con las yemas. Este emitió un gemido que sonó como si se liberara una fuerza reprimida durante demasiado tiempo. Pero ¿cuánto?

—Creo que vas a tener una llegada triunfal a la ciudad condal —le dijo Marc.

Joel estiró su brazo hasta la entrepierna de su nuevo amigo. El bulto alargado era evidente. Joel trazó su contorno sobre el pantalón, movimiento que repitió con cierta fascinación. Una enorme salchicha en estado de gracia.

—Tienes una buena polla —susurró.

—Gracias.

—Es enoorme.

—Es tuya.

Joel miró a su alrededor con desconfianza y dijo de un modo urgente, que no admitía réplica:

—Vámonos al baño.

—Tú primero. Daré cuatro toques a la puerta.

Joel se levantó sin más demora y enfiló el pasillo en dirección al servicio. Marc lo vio alejarse y admiró su ancha y robusta espalda, era un hombre muy de su gusto. Llevaba unos pantalones oscuros de pinzas que le hacían un culo muy bien formado y pellizable. En algún momento le había recordado a su querido Theodor. Ambos se mostraban campechanos, libres de malicia, sensuales.

El avión parecía instalado cómodamente en una velocidad de crucero y el ambiente entre los pasajeros podía definirse como soporífero. Marc dejó pasar unos minutos prudentiales, tiempo que aprovechó para liberar discretamente su erección de la opresión del calzoncillo, de la tirantez

del vello púbico y de la incomodidad de su postura. Estaba dedicado a esta operación cuando interceptó la mirada de un chico sentado en una fila más a la derecha. Un joven de su misma edad, aproximadamente, y de aspecto profundamente norteamericano. Parecía un leñador de Nebraska pero en versión urbanita. Se pelo estaba rapado al dos y en su acolchada nuca podían observarse dos preciosas franjas curvas que se unían en una bella forma, acaso un arabesco. Era un cachorro, un oso, más que un cub, un chubby bear jovenzuelo. Marc se sintió turbado por su mirada, porque, obviamente, le estaba mirando fijamente, y además, con intención. Aquel vuelo era una locura. ¿Acaso era un crucero aéreo del amor? ¿Por qué no te avisan nunca de estas cosas?

Recuperó el hilo de sus pensamientos y decidió que ya le había dado suficiente tiempo a Joel. Cuando por fin se incorporó, aún notaba la polla tiesa abultando de manera exagerada en su pantalón. Recorrió la distancia que le separaba de su destino sintiendo la mirada de aquel osito insomne sobre el bulto de su entrepierna.

Cuando dio los golpes convenidos, la puerta se abrió. Dentro estaba Joel... ¡en pelota picada! Qué hombre. Sus bocas se unieron con torpeza y avaricia. Marc se apresuró a bajar hasta sus pezones y los comió con destreza. Joel era un instrumento musical y Marc sabía cómo afinarlo. Los gemidos le fueron dando las indicaciones oportunas, eran sinceros y, probablemente, demasiado audibles. Hay que morder, hasta que duela, y tiene que doler porque tiene que gustar. El equilibrio perfecto entre el dolor y el placer se aprende con el tiempo y Marc superó esa materia en el pasado, con matrícula. Luego fue Joel quien descendió hasta la cintura de Marc y con un gesto brusco le bajó el pantalón vaquero y los calzoncillos hasta los tobillos. Marc se dejó comer la polla mientras se fijaba en las redondas carnes de Joel en todo su esplendor. Su piel era clara, muy pálida, probablemente, agradeciera el sol de Barcelona. El con-

torno de su cuerpo era magnífico, robusto y sin ángulos. Aquel hombre sabía cómo hacer trabajar su lengua. Marc sentía su polla dura como en sus momentos más inspirados, como un objeto contundente listo para afrontar la más ambiciosa empresa sexual, como si no le perteneciera, como un martillo del amor. Definitivamente, su vigor había vuelto y estaba allí para quedarse. Marc se abrió al mundo y experimentó una paz que anunciaba una era abierta al placer. Cerró los ojos y asió la cabeza de Joel mientras la acompañaba en sus movimientos acompasados. Imaginó una fila de pasajeros gorditos con el culo el pompa, prestos para el amor. Era una visión tan excitante que, repentinamente, Marc se vio obligado a alejar la cabeza de Joel de su polla. Estaba a punto de correrse. Unas gotas traidoras se deslizaban ya sobre el tronco venoso. Joel le miró suplicante, como diciéndole, *no importa, déjame acabar*.

—Me gustaría follarte —le susurró Marc.

Semejante idea era una locura y ambos lo sabían.

—No puede ser —replicó Joel introduciéndose de nuevo el rabo de Marc en la boca.

—Ya lo sé... Ummm... Pero...

—¿Pero? —preguntó Joel en uno de los intervalos del mete-saca, sin llegar a detener el ritmo.

—Pero... Ummm... Te deseo... Te quiero...

—¡Pffffffuuuff! ¿Me quieres? —preguntó Joel tan sorprendido que casi detuvo el ritmo.

—Te quiero... Te quiero follar... —completó Marc.

—Aaaah —respiró Joel más tranquilo—. Eso será otro día. Pero no te preocupes, hay un montón de cosas que podemos hacer.

Joel se levantó y, de pie, se apostó en el pequeño lavabo, dándole la espalda a Marc. Este bajó y le separó las nalgas. Empapó su mano derecha con agua y jabón y estimuló el agujero del oso hasta que empezó a dilatarse. Introdujo dos dedos. Joel gimió. Marc llevó su mano hasta la polla de su amante para comprobar cómo iba todo por allí.

No era muy larga pero sí gruesa, estaba dura. Marc le masturbó durante un minuto.

—¡Para! —le suplicó Joel.

Marc acomodó su polla tiesa sobre las nalgas blancas de aquel osazo y se dio placer frotándose contra ellas, apriñonando su enorme verga. Gotas de precum empezaban a aflorar de su extremo. Los dos amantes estaban incendiados por el gozo y el deseo.

Joel se dio la vuelta y Marc decidió dedicarle atención a sus pezones, que estaban tan duros que podrías colgar un retrato de ellos. Era un experto en la materia. Joel era de los que gemían —y mucho— y por momentos parecía que lloraba. Marc mordía su pezón derecho y ambos se masturbaban al mismo tiempo.

El cuerpo de Joel era el doble de voluminoso que el de Marc. Sus tetitas daban mucho juego, pedían a gritos ser mordidas y masajeadas. Tanta carne excitaba lo indecible a Marc, que seguía comiéndole los pezones como si realmente quisiese devorar a su amante, comérselo literalmente. Joel se retorció de gozo y continuaba pajeándose, deteniéndose a intervalos para controlar el ritmo y posponer el momento final en lo posible.

—Quiero que te corras en mi boca, me lo quiero tragar —le ordenó a Marc. Hablaba muy en serio.

Una vez más se llevó la enorme polla tiesa de Marc a la boca. La saboreó como quien saborea un manjar tras un año de abstinencia. La engulló toda y se aplicó a chuparla con un elaborado juego de lengua de esos que no se improvisan ni se aprenden en un solo día. Aquella técnica requiere años de aprendizaje y perfeccionamiento. Muchas pollas se había comido Joel para alcanzar tal maestría. Marc pensó, «Dios mío, pero qué es esto». Una oleada de placer le invadió y le provocó un escalofrío en la base de la columna vertebral. Se diría que aquella mamada estaba desbloqueando zonas inéditas de placer. Quién iba a decirlo. ¡A estas alturas!

Marc cerraba los ojos. No podría aguantar mucho más. Sentía cómo Joel mantenía su ritmo con la boca sin descuidar su propio placer, seguía masturbándose. En efecto, había muchas cosas que se podían hacer sin recurrir a la penetración. Y muy recomendables. Abrió un ojo y vio reflejado el culo redondo de Joel en un panel metálico del baño. Aquella visión resultó electrizante, fue el detonador perfecto. Marc no pudo aguantar. Joel se dio cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir por cómo se tensó de repente el cuerpo de su joven amante. Reaccionó y se preparó para recibir la descarga.

—¡Voy! —dijo Marc. Más bien se le escapo.

Joel aceleró sus movimientos.

—¡Voooooooooy!

El cuerpo de Marc estaba duro y rígido como una tabla de planchar. Con una mano Joel le sujetaba el culo y con la otra se masturbaba. Su boca estaba lista para tragar.

—¡Voooooooooooooooooooooy!

Se corrieron los dos a la vez. Marc se tensó aún más y le entregó a la garganta de Joel un vigoroso chorro de leche fresca que se estrelló con la furia de una presa de agua desbordada. Después de aquella tremenda y abundante descarga vino otra y otra más. Joel las tragaba sediento, lo quería todo para él. Su propia corrida era simultánea. Se masturbaba completamente encendido por la excitación. Cada trago se correspondía con un chorro de su propia polla.

—¡Voooooooooooooooooooooooooooooy!

Cuando salió por fin la última gota de la polla de Marc, Joel seguía chupando. Quería dejarle limpio.

Mi vida en obras

Una vez te has desprendido de la mochila del miedo, la idea de empezar tu vida desde cero se convierte en la aventura más excitante. Hay un placer en ello que tiene que ver con el placer de llenar un folio en blanco. Esmérate en llenarlo de cosas bonitas, despacito, sin prisas y con buena letra. Y, francamente, el folio en blanco del que disponía Marc no podía ser mejor. Un piso enorme, un ático, en pleno paseo de Gracia con unas vistas magníficas de La Pedrera.

Llevaba un par de días trabajando en él, limpiando el polvo, tirando cosas, rumiando ideas. No había sido consciente de lo mucho que le apetecía un cambio de escenario hasta que hubo abandonado Nueva York. Barcelona era una opción magnífica. Vaya si lo era. Y aquel piso, adquirido conjuntamente con Theodor como proyecto de futuro, le hacía sentir que las cosas estaban bien, que ya había llegado el momento de sacudirse la penitencia del luto y abrazar —¡por fin!— los colores. Tenía doscientos cincuenta metros de superficie, más que suficiente para él. Techos altos, habitaciones dobles con espacio de sobra para ser transformadas en su taller de trabajo, un amplio comedor que casi parecía un loft, y luego estaba aquella terraza, no demasiado grande pero sí lo suficiente para hacer muchas cosas en ella. «Esto es un magnífico principio», se dijo.

Por la mañana habían llegado unos chicos de un rastro y se habían llevado un montón de trastos. El piso no estaba amueblado pero aún así había muchas cosas inservibles de las que deshacerse. Marc quería pintarlo todo de blanco y

potenciar los espacios diáfanos. Había decidido también cuál de las habitaciones usaría como taller. Sobre el banco de la cocina tenía una moleskine en la que iba anotando ideas y detalles prácticos. A media tarde había abierto todas las ventanas del piso dispuesto a acabar con aquel penetrante olor a aire estancado. Salió a la terraza, barrió con la vista aquel maravilloso paisaje y se dejó inundar por la belleza circundante.

—Que todo fluya —dijo mientras se sentía atravesado por ráfagas de cálido aire de poniente.

Abrió una cerveza e improvisó una suerte de ritual de bienvenida y de buenos deseos que podía interpretarse también como una libación en honor a Theodor. Se hallaba inmerso en este protocolo secreto cuando un timbrazo lo sacudió y le hizo derramar algo de líquido sobre el suelo.

Se dirigió hasta el telefonillo y contestó. Eran los pintores. Marc no perdía el tiempo, había dos habitaciones que era preciso pintar cuanto antes. Subieron dos chicos vestidos con monos de trabajo de color blanco. Ambos eran flacos y de nacionalidad rumana.

—Podéis empezar por la habitación del fondo, seguidme.

Marc estaba un tanto decepcionado. En su universo de amante de los chubbies, los pintores de brocha gorda son siempre fornidos, maduros y redonditos.

—Mejor, así no me distraerán —racionalizó para sus adentros.

Los chicos se pusieron a trabajar y Marc se olvidó del asunto. Se acercó hasta uno de los bultos de su equipaje —que aún no había deshecho del todo— y se aseguró de que su contenido permanecía intacto. Dentro estaba su posesión más preciada, su obra maestra, su mejor cuadro, *Amor #1*, el retrato de Theodor, la pieza que había de ocupar el lugar más privilegiado de su nuevo hogar. Aquella tela seguía tan impregnada de Theodor que era como un poderoso talismán, más que eso, era una pieza terapéutica, al-

go que insuflaba paz. A veces a Marc le daba por pensar que aquel cuadro estaba cargado de vida, de electricidad, de algo vivo, era como si el dibujo respirase. Se trataba de un *vínculo* y como tal seguía siendo un puente que le unía a su amante desaparecido, allá donde estuviese. Era más que un cuadro, su valor no podía medirse con dinero, por mucho que en el mercado se ofreciesen cifras mareantes por él.

Marc se desnudó e hizo unos ejercicios sobre el suelo del baño. Estiramientos, flexiones y abdominales. Quería poner en marcha su organismo, sentir la sangre corriendo por sus venas. Estaba vivo.

Cuando terminó, se dio una ducha muy caliente. No pensaba hacer mucho más aquel día. Prestó atención a su móvil y se sorprendió al ver la cantidad de llamadas perdidas. Tenía que poner un poco de orden en todo aquello, pero tampoco quería agobiarse. Sus ritmos eran lentos, meditados, a no ser que se hallase absorto en pleno proceso creativo, entonces era capaz de pintar durante horas y horas.

Tenía varias llamadas de su agente, Ginny, y ya sabía de qué iba la cosa. Compromisos para futuras exposiciones. Había decidido iniciar una nueva serie de cuadros en su peculiar estilo entre Freud y Bacon, la iba a titular *Anos*, porque eso es lo que iba a hacer: pintar agujeros del culo de sus amantes, amigos y conocidos. Se lo había comentado de pasada a Ginny y ésta había filtrado la noticia a galeristas, comisarios, marchantes y demás. Resumiendo, todo el mundo se había vuelto loco. Todos estaban ansiosos por conocer más detalles de la serie *Anos*. Esto convenció a Marc sobre lo acertado de su decisión, pero no quería entrar en aquella espiral de impaciencia. Que iba a pintar *anos* era un hecho, ¿cuándo?, ya se vería. Cuando tuviera uno interesante delante de sus narices.

El móvil sonó. Era Joel, que seguía por Barcelona.

—Bon soir, Joel.

—Bona tarda, Marc.

—¿Cómo va todo?

—Fatal.

—¿Aún no has follado? —preguntó Marc extrañado.

—No, aún no —respondió Joel disgustado.

—¿Y cómo es eso?

—¿Que cómo es eso? Déjame contarte: acabo de salir de la Sauna Condal, mis amigos nounours franceses me habían dicho que allí se folla sí o sí. Y yo digo: ¡Mentira!

—Tranquilo, Joel, esa frustración no es buena para nadie, te puede hacer mucho daño. Te puede llevar a precipitarte y a pegar un mal polvo de cualquier manera. Recuerda: la precipitación es la madre del error.

—En fin, quizá tengas razón. Debo relajarme. Tengo que...

—Tienes que relajarte, eso es.

—De acuerdo, ¿y me propones algo mejor que follar en los servicios de un vuelo internacional? ¿No tenemos algo pendiente tú y yo?

Con el jaleo de su llegada a Barcelona, Marc aún no había podido volver a ver a Joel. Le había prometido un buen polvo antes de que este volviera a París y, claro, empezaba a haber impaciencia en el ambiente.

—Mi casa está hecha un asco, pero quiero mostrarte mi nuevo hogar. Vente para acá.

—¿Ahora mismo?

—Ven corriendo —le dijo Marc mientras se desprendía de la toalla que llevaba sujeta en la cintura.

Joel colgó súbitamente y Marc percibió el sonido de la línea muerta. Se imaginó a su amante francés corriendo por las calles del centro de Barcelona como si tuviera que desactivar una bomba a punto de estallar en la Sagrada Familia. Un torbellino de más de cien quilos de peso empujando a peatones e insultando al colesterol de las aceras: los carritos de bebés.

—¡Niños del demonio! ¡Tengo prisaaaa!